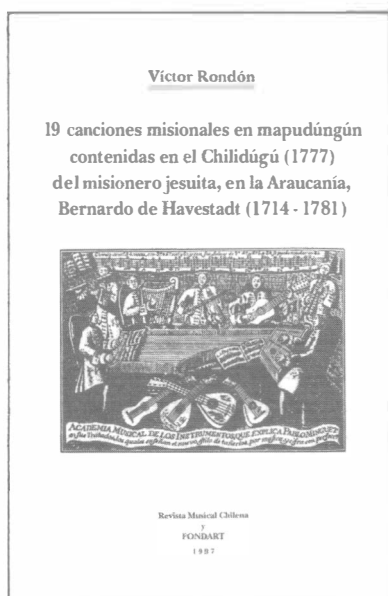


básicamente informativos y cumplen con el objetivo de guiar a los estudiantes de otras especialidades en una incursión por la música y servir de apoyo didáctico a los cursos de apreciación musical.

Inés Grandela del Río

Rondón, Víctor. 1997 19 canciones misionales en mapudúngún



Rondón, Víctor. 1997. *19 canciones misionales en mapudúngún contenidas en el Childúgú (1777) del misionero jesuita, en la Araucanía, Bernardo de Havestadt (1741-1781)* Santiago: *Revista Musical Chilena*, 61 pp.

Publicado como libro por la *Revista Musical Chilena*, este estudio y transcripción de 19 canciones publicadas por el padre Bernardo Havestadt en Westfalia en 1777, profundiza y

expande a la vez nuestro conocimiento sobre el aporte misional jesuítico a la práctica musical en suelo americano. En el estudio preliminar de este cancionero, Rondón avanza ordenadamente desde las generalidades de la España misionera en América del Sur hasta las particularidades de la obra publicada por Havestadt, situando al lector en el contexto histórico, lingüístico y musical del cancionero. La mirada amplia y humanista del autor no sólo contribuye a ubicar adecuadamente a su personaje, sino que permite que el texto sirva de breve introducción a la actividad misional en Chile y en la América surandina. Rondón construye un relato bien documentado y avanza de la descripción a la interpretación de los hechos, utilizando fuentes y ediciones facsimilares de textos religiosos y lingüísticos de los siglos XVI al XVIII, en su mayoría no utilizados aún en el ámbito musicológico, y apoyado por una nutrida bibliografía sobre los jesuitas en Chile y América, la evangelización en el continente y la historia de Chile, todos publicados entre 1846 y 1996. Sin embargo, algunas veces no queda totalmente claro el uso que se le ha dado a tales fuentes. Al hacer el recuento de la vida y las vicisitudes del padre Havestadt en Chile, por ejemplo, no es evidente si se trata de una minuciosa reconstrucción biográfica en base a una o más fuentes primarias o es una paráfrasis de información biográfica publicada anteriormente. ¿Cuánto es Toribio Medina y cuánto es Víctor Rondón? ¿De dónde proviene la información que permite determinar fechas, viajes, itinerarios, equipajes, accidentes? ¿Quién, por ejemplo, reconstruyó los pasos de la “misión circular transandina” que realizó Havestadt a comienzos de 1572: Furlong, Matthei o Rondón? ¿O es que todos ellos la tomaron del propio diario de viaje de Havestadt publicado como última parte del *Childúgú* en 1777? Si es así, ¿cuál sería el aporte del autor en relación a lo ya publicado

al respecto? Nada de esto queda claro con la lectura del texto ni de las notas.

La transcripción, descripción y análisis del *corpus* musical del *Childúgú* constituye el aporte central de este estudio. Se trata, como señala Rondón, de “el único repertorio conocido hasta la fecha de la actividad misional jesuita en Chile, conservado tanto en sus componentes textuales ... como musicales ...” (35). El autor ordena adecuadamente el material analizado y nos entrega completos antecedentes sobre sus características, estableciendo relaciones e infiriendo causas, luego de un detallado análisis de la fuente.

Después de describir sus rasgos musicales básicos, el autor ordena las canciones en cuatro grupos distintos, considerando aspectos rítmicos, melódicos, de tesitura, y formales. Estos son: “populares”, “tipo coral”, “instrumentales”, y “tipo aire” (24). Dicha ordenación revela el intento del autor de avanzar más allá de la mera descripción de un repertorio que se describe a sí mismo, puesto que está transcrito, penetrando así en sus aspectos idiomáticos. Quizás haya más que decir respecto a la función que cumplen los cuatro géneros musicales tipificados, en relación al contenido de la letra de cada canción y a la ocasión en que éstas pudieron ser interpretadas.

Las 19 canciones fueron transcritas sustituyendo la llave de Do en primera línea por la llave de Sol en segunda línea; cifrando el bajo de acompañamiento; escribiendo el texto bajo las notas; y corrigiendo errores rítmicos, melódicos y de armadura presentes en el original, los que son minuciosamente señalados por el autor (41-42). Si bien la música del *Childúgú* ya estaba publicada desde 1777 en notación moderna, no estaba escrita con su texto, el que formaba parte de un “catecismo en verso” ubicado en otra parte

de la obra. Un aporte del autor, entonces, es haber juntado los dos componentes de las canciones, la letra y la música.

Debido a que Havestadt concluyó el *Childúgú* en Santiago en 1765 a dos años de su expulsión del país, y lo publicó en Westfalia en 1777, es probable que este cancionero misional no haya sido cantado por las comunidades mapuches catequizadas por el jesuita alemán. Por otro lado, como el autor señala, estas canciones eran cantadas originalmente con las melodías de una serie de himnos latinos nombrados en el *Childúgú* bajo cada texto. No sabemos las razones que llevaron a Havestadt a incluir nuevas melodías, todas de su tierra natal (nostalgia, señala Rondón) ni conocemos la música de esos himnos. Es justamente este repertorio de himnos el que reviste mayor interés para el estudio de la música misional en Chile, pues parece ser el que efectivamente fue entonado por las comunidades mapuches durante el siglo XVIII.

Se trata de catorce himnos latinos de origen eclesiástico, algunos de ellos pertenecen al antiguo repertorio gregoriano y otros, más recientes, provienen de iglesias locales, señala el autor (21). Desgraciadamente no se diferencian ambos tipos de himnos, ni se indica la región de las iglesias en cuestión. Junto a éstos, y siempre en base a sus nombres, Rondón determina seis himnos de probable origen civil y/o militar germánico y uno ibérico; dos relacionados con personajes notables; y dos que habrían tenido un papel histórico en nuestra área, uno por su dispersión, *Sono Paraguayensi*, proveniente de las misiones jesuíticas del Paraguay, y otro por su antigüedad, *Cantio R.P. Ludivici Baldivia*, compuesto en Chile por el padre Luis de Valdivia a comienzos del siglo XVII.

El carácter preliminar de este trabajo, quizás no justifique su publicación como libro. Hay

demasiados aspectos que han quedado para una realización futura: la traducción completa de los textos; la búsqueda de las melodías con las que probablemente se cantaba el cancionero; la comparación de los repertorios jesuíticos cultivados en Chile con aquellos cultivados en Paraguay; el rastreo de su supervivencia en la religiosidad popular actual. Rondón, consciente de esta situación, tiene que dar constantes explicaciones y prometer futuras acciones a través de su texto.

Estamos frente a un autor que ha sabido vincular magistralmente su carrera de intérprete con la de investigador musical, tarea ardua de realizar en nuestro medio. De hecho, Rondón reconoce que su proyecto surgió de un propósito eminentemente práctico desde el campo de la interpretación “cual fue la necesidad de encontrar fuentes de nuestro pasado musical y convertirla[s] en sonido” (37). La ausencia de musicólogos chilenos especializados en la música colonial, luego del sensible fallecimiento del profesor Samuel Claro Valdés, ha dejado a la nueva camada de intérpretes-investigadores de la música colonial chilena con pocas posibilidades de recibir una formación especializada en el área. De este modo, en aportes como los de Rondón, hay que reconocer los frutos de una larga práctica autónoma en la investigación musical, la que recientemente ha logrado institucionalizarse con estudios de postgrado. ¿Dónde se forma entonces un musicólogo: en el pregrado, en el postgrado o en la práctica? ¿Son éstas tres instancias complementarias e imprescindibles? Muchas son las interrogantes que surgen al ver la notable producción de la musicología chilena actual frente a las carencias bibliotecológicas y docentes del medio musicológico nacional.

Juan Pablo González

La biblioteca privada de Don Samuel Claro Valdés

Para un estudioso, un artista, un intelectual o un amante de la cultura, la biblioteca personal es parte de sus tesoros más preciados y está íntimamente ligada a diversos momentos de su vida. Este es el caso del valioso material con que contaba el musicólogo Samuel Claro Valdés, destacado académico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, fallecido en octubre de 1994.

Don Samuel Claro era un apasionado de los libros. Su intensa labor académica y de investigación -primero en la Universidad de Chile y luego en la Universidad Católica-unida a la constante inquietud intelectual que siempre lo caracterizó, lo llevó a reunir más de mil ejemplares relacionados con la música, sin contar otra gran cantidad de diversas materias, que también fueron de su interés.

Quienes nos relacionamos con él sabíamos que un libro era algo especial y frecuentemente tuvimos la oportunidad de hojear, revisar y compartir los comentarios de una primicia que había conseguido o que le había enviado su propio autor. Sin embargo, y a pesar de que este tesoro era muy querido por él y por su familia, la generosidad lo motivó a entregar sus fuentes bibliográficas a la Biblioteca del Campus Oriente de la Pontificia Universidad Católica. De este modo, y cumpliendo con su voluntad, su señora, doña Patricia Swinburn de Claro, donó oficialmente la colección en un acto que se realizó el 18 de noviembre del año recién pasado y que contó con la presencia del Rector, señor Juan de Dios Vial Correa, de altas autoridades de la Universidad, profesores y alumnos del Instituto de Música y miembros y amigos de la familia Claro.